





Sara  
y el misterio  
del retorno de  
las brujas

Lola Llatas



*Para Ale.*

© Ediciones DIQUESÍ  
© de la autora: Dolores Llatas  
Ilustraciones: Golyperia  
Edición: María J. Gómez  
Diseño: Golyperia



[novedad@edicionesdiquesi.com](mailto:novedad@edicionesdiquesi.com)

[www.edicionesdiquesi.com](http://www.edicionesdiquesi.com)

ISBN: 978-84-125013-0-8

Depósito Legal: M-10733-2022

© Todos los derechos reservados

1ª Edición: Madrid 2022

Impreso en España por Estiló Estugraf S.L.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.

# Prólogo

**Y**a he perdido la cuenta de los misterios que llevo a mis espaldas. ¿Es este el quinto? Pues me parece que es el número cien mil setecientos cincuenta y tres. Menos mal que mi espalda es una espalda que está en muy buenas condiciones y lo aguanta todo.

¡El quinto misterio que me busca y me encuentra!

¡Y es que encima no se parece en nada a los otros! Por eso no me lo veo venir. Una aprende de la experiencia pero... ¿qué experiencia voy a tener si aún no he experimentado esta experiencia?

Estoy convencida de que tengo un imán para los enigmas inexplicables, porque ya es mucha casualidad. Como esto siga así, se me van a ir solapando y todo. O a lo mejor es que hay mil misterios por ahí sucediendo a la vez en muchos lugares, pero de los que no llegamos ni a darnos cuenta.

No, creo que definitivamente lo mío es un imán.

¡Cómo echo de menos aquellos tiempos en los que vivía más campante que la más campante de las campantes sin estos líos laborales!

Pero no todo es malo, que estas vivencias han hecho que Adela y yo nos convirtamos en inseparables camaradas. Tenía que pasar tarde o temprano. Somos tal para cual.

Pero vuelvo a lo que iba: en este caso... brujas...

Sí, como lo oyes, brujas. Las brujas de toda la vida pero adaptadas a la vida moderna, con las verrugas operadas y las narices rectas, el pelo tintado de negro para que no se vea color paja seca o verde, pero la misma cara de mal café.

Este es el relato de cómo me enfrenté a ellas, cómo desentrañé el misterio de las brujas recién llegadas y lo lié todavía más de lo que ya estaba.

Ups ✨ ✨  
★

# La nueva

Pasé tres semanas que no se las deseo a nadie tras resolver el caso del mago<sup>1</sup>. Tenía el estómago al revés y me mareaba todo lo que diera vueltas, no es broma. También las cosas que fueran para atrás, y la mayoría de las que iban para delante.

La sobredosis de atracciones me estaba pasando factura. Se me borraba el color carne de la cara cuando mi tío pasaba de la tercera marcha en el coche y tenía que salir pitando al cuarto de baño cada vez que encendían la aspiradora esa que va sola por el suelo.

Mi prima Adela no hacía más que decir a sus padres que de esta podrían adoptar de una vez un perrito, que no iba a ser tan difícil de mantener.

Pobres, se amoldaban a mí.

Tampoco podían enchufar el microondas, la batidora o la máquina de hacer pan.

No es broma, que incluso fui al médico en una ocasión. Resulta que cuando cerraba con fuerza los ojos durante un rato, y volvía a abrirlos, veía como manchas allá donde mirara; y al quedarme mirando

---

<sup>1</sup> Ver *Sara y el misterio del mejor mago del mundo*.

fijamente una bombilla encendida durante más de veinte segundos, la veía después por todos lados.

Estaba llena de síntomas.

*Algo me pasaba, y no tenía buena pinta.*

Yo había leído algún libro de anatomía por mi cuenta, en la época en la que quería ser médica y veterinaria, así que le conté al médico mi teoría, de colega a colega, básico de primero, y que no era otra que mi cerebro, que había estado dando botes a diestro y siniestro y volando por los aires al doble de la velocidad de la luz para delante y marcha atrás, todavía no estaba aposentado del todo.

El médico suspiró y me recetó tranquilidad y tomar muchas verduras y frutas. Según me explicó, comer lechuga y tomate era muy bueno para el síndrome de CD que padecía: Cerebro Distraído.

Debía de ser algo muy serio, porque no lo había escuchado nunca antes, e incluso el médico me aconsejó que no lo buscara en libros de medicina, que igual no lo encontraba.



Pensaba comerme todas las verduras que se me cruzaran por el plato para ponerme buena pronto. No dejaría que una gravísima enfermedad me desanimara. ¡No podría conmigo!

Pero lo de la tranquilidad iba a ser más complicado.

¿Tranquilidad, yo? ¡Qué más quisiera!

¿Cómo puede una

## DETECTIVE DE MISTERIOS

estará tranquila? ¿Cómo puede alguien que debe estar todo el rato concentrado para ver qué peligro asoma, relajarse? ¿Qué le pasaría al mundo si me tomaba unas vacaciones?

Adela no hacía más que decirme que unas vacaciones cortas pero lejos no me harían daño. ¡Cuánto me quería! Pero yo no podía permitirme dejar a la ciudad sola, sin mí; y a mi prima, menos.

Hablaba con mis padres todos los días. Esperaba a que el tío Alberto llegara a casa del trabajo con el portátil y nos conectábamos enseguida. Ellos me contaban acerca del puente que estaban construyendo, de lo bonito que era el Congo y la de colores que tenían las palmeras. Yo procuraba contarles lo justo, evitando los peligros extremos y los centenares de veces que había estado a punto de vomitar a lo largo de mi carrera como detective.

—Tú tómate la vida con tranquilidad  
—me dijo mi padre.

—Haz como tu prima Adela, cariño  
—me aconsejó mi madre.

Yo meneaba la cabeza. ¿Hacer como Adela? Eso no lo conseguía cualquiera. Hacen falta muchas dotes mentales avanzadas y una vida intensa y llena de aventuras y emociones para llegarle a la altura de los dedos de los pies.

Adela era única entre un millón, una aguja en el pajar, el pájaro en mano frente a los ciento volando.



Cada mañana me tocaba hacer el trabajo sucio y despertar a mi prima. Era la tarea más complicada del día y alguien tenía que hacerla. A mi tía se le notaba un montón la barriga y no estaba para disgustos, así que era mi manera de contribuir a las necesidades familiares. Mi tía Rosa y mi tío Alberto eran los que traían el dinero a casa y se quejaban por tener que limpiarla, Adela era la adolescente con chispa, y yo la que la despertaba.

Cada uno a lo suyo.

—Adela, dice tu madre que te levantes, que le va a explotar la cabeza de llamarte. Dice que estás tensando la cuerda que no veas. —Yo nunca supe a qué cuerda se refería, pero no iba a cuestionar órdenes—. Ella se va y tu padre nos espera cinco minutos, que ya está nervioso. Y no es broma, Adela, que lo he visto y para mí que te quedan tres minutos. Y esto lo digo yo ahora: «Vamos, mujer, que el colegio dignifica y a quien madruga Dios le ayuda».

Yo siempre intentaba aportar amabilidad al proceso, pero nunca me lo agradecía.

Mi prima Adela abrió un ojo y se quedó mirándome fijamente. Qué manera de mirar con un solo ojo. Hizo que diera un paso atrás, y eso que ya la despertaba desde la puerta. Le mostraba el cartelito que me había hecho con un folio y témperas en el que ponía: «Yo solo soy la mensajera».

—Sara —me preguntó con cara de ningún amigo—, ¿te estás comiendo un puerro crudo?

—Es por mi síndrome de CD  
—contesté, masticando—. También dice tu madre que está de ti hasta el gorro, que se me había olvidado y creo que es significativo.

Adela suspiró y se tapó con la manta.

—**No es justo** —dijo.

Yo no se lo discutí. Cada día que le discutía la frasecita, me lanzaba un zapato.

Mi tío nos llevaba temprano al colegio. Era la única manera de garantizar que mi prima llegara puntual. Lo venía haciendo desde principio de curso. Hasta que comenzaban las clases, íbamos a la sala de estudios y allí leíamos un rato. A mí me encantaba comenzar el día leyendo, y además me llevaba muy bien con el señor Polea, el de Física de los mayores. Habíamos pasado lo nuestro. La resolución del misterio de los gusanos extraterrestres nos había unido mucho<sup>2</sup>. La vuelta del cole a casa la hacíamos solitas y andando, que al fin y al cabo estábamos a tres calles.

—Diles a todos aquellos que no hacen más que vigilar mis movimientos y agobiar mi libertad, que ya bajo —me dijo mi prima al final.

—Vale —le dije—, ¿y qué le digo a tu padre?

E, inexplicablemente, me lanzó un zapato.

No me importó, en realidad. ¡Había conseguido despertarla!

---

<sup>2</sup> Ver *Sara y el misterio de los profesores extraterrestres*.



¡Qué bien comenzaba la mañana!

—Buenos días, chicas —nos dijo el señor Polea en cuanto pusimos un pie en la sala de estudios.

—¡Buenos días! —respondí con alegría y optimismo mientras mordía mi zanahoria.

Adela se limitó a pasar por delante de él con la mano tapándose la cara y se sentó en el pupitre con desgana. No le gustaba que los demás vieran lo bien que nos llevábamos con el profesor.

Mi prima era muy suya y muy humilde.

Como siempre, solo había un chico más en la sala, que se levantaría para pedir permiso para ir al baño y no volveríamos a saber de él hasta casi la hora de ir a clase.

—¿Qué está leyendo hoy tan animado? —pregunté al profesor mientras me acercaba a su mesa.

Parecía especialmente contento y quería que se me pegara.

—Dentro de unos días, el cometa Galaxo pasará cerca de la tierra y podremos verlo incluso sin telescopio, un fenómeno extraordinario que sucede cada doscientos cincuenta años, Sara. ¡Todo un acontecimiento!

—¡Vaya! —le respondí.

No había escuchado nunca hablar de ese cometa, y al ver las ilustraciones tan chulas que había en el libro, daban ganas de conocerlo. El profesor me mostró una de las fotografías y yo entonces me pregunté quién habría hecho esa foto tan chula, de frente, y si le dio tiempo a apartarse cuando se le echó encima.

Miles de preguntas me asaltaron entonces.

Me senté en mi pupitre pensando cómo podrían distinguir un cometa de otro. A lo mejor cuando pasan cerca de la tierra les ponen un anillito, como a las palomas.

Cerré los ojos y recordé las instrucciones del médico. Sus palabras me resonaban en la cabeza: «No lo pienses tanto todo. Te mareas por eso. Ten paciencia y no lo quieras saber todo en un día».

Le di un bocado a la zanahoria, porque también recordé lo de comer frutas y verduras, y cuando por fin sonó el timbre y llegó la hora de ir a nuestras respectivas clases, guardé el libro del día, me despedí de mi prima y me dirigí hacia mi clase.

A medida que me acercaba noté algo diferente en el ambiente. Ya te habrás dado cuenta a estas alturas de que soy muy observadora, que para eso soy detective.

Lo llevo en la sangre.

Es parte de mí, como un sexto sentido o un tercer brazo.

Y cuando entré en clase, lo descubrí al instante: esa niña que se sentaba en primera fila... ¿había estado siempre ahí?

Me dirigí hacia mi pupitre, en segunda fila, sin quitarle la vista de encima y procurando al mismo tiempo que no me pillara haciéndolo. Me sentía muy culpable por no haber reparado nunca antes en ella. ¿Qué pensaría de mí?

Tenía el pelo más negro que la tinta negra y su ropa oscura contrastaba con lo paliducha que tenía la cara y las manos.





Me senté, incapaz de pensar en otra cosa, y cuando la señorita Flora, la de ciencias, entró en clase, yo seguía caminando a pasitos cortos y mirando para atrás, hacia la niña.

—¡Buenos días a todos! —nos dijo con su habitual saludo cantarín.

—¡Buenos días! —dijimos unos y otros, desacom-pasados.

A ver qué día nos poníamos y ensayábamos una respuesta más coordinada.

—Antes de empezar —dijo la señorita—, quisiera presentaros a una alumna nueva. Se llama *Bruma*, y a partir de hoy será vuestra compañera.

¡Claro! ¡Por eso no me sonaba! ¿Cómo me iba a sonar si no había venido nunca? Fue un alivio, porque ya estaba pensando que debería volver al doctor a que me revisara el CD, a ver si estaba empeorando.

La niña se puso en pie cuando la profesora se lo indicó y caminó hasta ella.

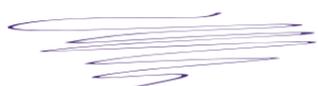
—Hola —le dijimos, otra vez cada uno por un lado, demasiado espontáneo y caótico. ¿Qué impresión se llevaría de nosotros?

Me entraron ganas de pedirle perdón en nombre de todos, pero ella se limitó a sonreír como cuando Adela sonríe por no tirarte un zapato.

Todos mantuvimos la respiración por un segundo.

*Muy poca sonrisa rara.*

Después volvió a sentarse de nuevo en su pupitre, y a mí me cayó muy bien de repente.



# Mi amiga Bruma

**E**speré ansiosa a que llegara la hora del recreo para dirigirme a la chica nueva y presentarme personalmente.

—Hola, me llamo Sara y quería darte la bienvenida a la clase.

La niña me miró de arriba abajo muy lentamente. Comenzó por la cabeza, y avanzaba tan poco a poco que me pareció un poco brusco. Coronilla, raya del pelo, parte alta de la frente, parte media, cejas... Metí barriga y todo para cuando llegara. Era como si me estuviera escaneando, y yo me quedé muy quieta para facilitarle el proceso.

—Ya sé como te llamas —me dijo cuando por fin llegó a los pies y volvió a mirarme a los ojos de nuevo—. Aprovechabas para decir tu nombre cada vez que levantabas la mano para responder a alguna de las preguntas de los profesores.

Sonreí satisfecha. Al parecer, mi plan había dado resultado.

Era una niña observadora y despierta, como yo.

Pero tenía algo triste en los ojos, pobre, que me hacía querer consolarla. No sabía si era exactamente